pero como era natural, fué rechazada por la infantería, que en aquel caso tenía una incontestable superioridad.

Advirtiendo un soldado que la bandera quedaba izada en el fuerte, volvió por ella, y logró arriarla y llevarla consigo, á pesar del fuego que hicieron sobre él para impedirlo. No sé si al soldado le dieron algun premio, que bien lo merecía, pero supongo que no, porque no recuerdo que el hecho se haya mencionado en algun documento oficial.

Posesionados los americanos del Obispado y del Fortin de la Federacion, quedaron dueños del camino del Saltillo, y por consiguiente, cortada la guarnicion de Monterey con el interior de la República.

Aunque esto era realmente un mal, no influía inmediatamente en la defensa de la plaza, porque siendo puestos aislados y fuera del recinto los que ocupaba el enemigo, tenía éste que hacer nuevos esfuerzos para penetrar en el perímetro fortificado.

Sin embargo, en vez de preparar la defensa para el dia siguiente, se ordenó en la noche el abandono de la primera línea, donde el dia 21 se habian estrellado los americanos, y corrió igual suerte la segunda, que aún no había podido ser atacada.

Concentradas las tropas en la tercera línea, quedaron aglomeradas en una pequeña área, donde los proyectiles enemigos tenian por necesidad que hacer el mayor efecto. Se cometió tambien la falta, de encerrar algunos Cuerpos de caballería, cuya tropa desmontada se colocó en las alturas para utilizarla como infantería; sin observar que con sus armas de corto alcance, no podian competir con los americanos, y sin tener en cuenta, las dificultades que se presentarían para mantener y cuidar los caballos.

Aquellas fuerzas podian haber prestado mejores servicios en el campo, sin embarazar con los caballos el poco espacio con que se contaba, y sin aumentar los inconvenientes con la necesidad de su cuidado y mantencion.

El sistema de defensiva absoluta que se había adoptado, ayudaba admirablemente al enemigo. No solamente no se intentaba recobrar alguno de los puntos que se habían perdido, ni tampoco se hacian salidas para apoyar las defensas parciales y rechazar los ataques,

sino que innecesariamente, segun mi humilde juicio, se abandonaron dos recintos fortificados que habrían costado muchas pérdidas al enemigo.

Setiembre 23.

Al amanecer, los americanos, como de costumbre, hicieron su reconocimiento, y notando el abandono de las líneas, se apresuraron á ocuparlas, cuya operacion practicaron sin ser contrariados.

Desde este momento, el estado de la guarnicion fué comprometido.

Agrupada en un reducido espacio, donde convergían los fuegos de los sitiadores, sufría mucho con ellos.

Por otra parte, había quedado aislada la Ciudadela, sin poder ayudar á la defensa, y cerrada voluntariamente la salida que debía haber conservado la guarnicion hasta el último extremo.

Todo esto engendró un profundo disgusto en la tropa, el que fué creciendo por grados, al verse reducida á una mala situacion y no por los esfuerzos del enemigo.

Colocaron los americanos baterías de obuses, en el Campo-Santo, y en la plazuela de la Carnicería, y una de cañones en la altura LL.

El fuego de estas baterías, concentrándose en nuestras posiciones, comenzó á causar estragos, sin que pudieran remediarse, pues no había modo de contrabatirlas, por no ser vistas.

A pesar del mal éxito que los americanos habian tenido en algunos de los ataques dirigidos á nuestras obras, organizaron varias columnas con objeto de ocupar definitivamente la plaza.

El combate fué rudo; pero una vez más fueron rechazados con bastantes pérdidas.

Convencidos de las dificultades y peligros que ofrecian los ataques á viva fuerza, por las calles, se propusieron el ir conquistando el terreno palmo á palmo. Así lo comenzaron á ejecutar, derribando paredes, haciendo horadaciones, abriendo aspilleras en los muros intermedios, que solian servir para ambos combatientes; y de esta suerte tuvieron que ir ganando casa por casa.

Al terminar el dia, la guarnicion había replegado todos sus puestos avanzados, y solamente conservaba las manzanas que forman el perímetro de las plazas Principal, y del Mercado.

La posicion, sin embargo, era fuerte, y el enemigo hubiera aventurado mucho al querer forzarla; tanto más, cuanto que sus pérdidas en aquel dia habían sido considerables.

Miéntras los sucesos referidos tenian lugar en Monterey, véase lo que pasaba en el campo americano.

El General Taylor, parece que había dado poca importancia á Monterey, cuya plaza creía tomar en algunas horas de combate. Su ejército no iba apercibido para un sitio, y su tren de artillería, era solamente de batalla, si bien muy superior al nuestro, pues los Estados Unidos hacía mucho tiempo que habian adoptado el sistema de Paixhans, miéntras nosotros usábamos el antiguo de Griveaubal.

Se dijo, que el dia 21 de Setiembre, cuando comenzó el ataque, el General Taylor había ordenado ir á almorzar á la plaza; pero que tuvo un fuerte desengaño, cuando al caer la tarde, en cambio del Fortin de la Tenería, vió su campo lleno de heridos, y notables huecos en sus filas.

Los combates de los dias subsecuentes, con especialidad el del último, habían aumentado sus pérdidas considerablemente.

Los hospitales formados con tiendas de lona de algodon no resguardaban á los heridos, de las lluvias tropicales que noche á noche, caen en aquellas comarcas en la época del año en que estábamos.

El campamento, situado á buena distancia de Monterey, estaba expuesto á las hostilidades de nuestra caballería que había quedado fuera de la plaza.

Las provisiones que el enemigo llevó consigo, naturalmente se consumían y no le era fácil reemplazarlas.

En definitiva, la situacion del General Taylor no era buena.

Á la plaza, miéntras tanto, no le faltaban víveres ni municiones, ni había sufrido grandes pérdidas. Contaba con un recinto fortificado bastante fuerte y con la Catedral y las Casas Consistoriales en el interior, que le servían de reductos. Podía y debía haber corrido las contigencias de un asalto, que de todas maneras hubiera costado muy caro á los americanos.

Quedaba todavía en pié é intacta la Ciudadela con cuatrocientos hombres de guarnicion, y bien artillada.

Había de tenerse en cuenta la caballería que podía molestar sin cesar al enemigo, que en caso de mal éxito, tendría que emprender una retirada de cuarenta leguas para buscar la orilla del Bravo, donde tenía su base de operaciones.

Acaso todas estas consideraciones, decidieron el General Taylor á levantar el sitio y emprender su retirada. Al ménos así lo daban á entender los preparativos que se hacían en el campamento.

Dispuso, que estuviesen prontos á marchar los equipajes, los hospitales, y los prisioneros. Á estos últimos se les mandaron suministrar cuatro dias de raciones; compuestas de pan de maíz, jamon, carne salada y café.

La marcha se había fijado para el dia 25, y el ejército se hubiera retirado, sin duda, el 26. Tres dias más de energía y de constancia, y el triunfo hubiera sido nuestro.

Setiembre 24.

Este dia, como el anterior, continuó el enemigo sus ataques de detall á las casas que ocupaba la guarnicion, pero sin obtener notable ventaja.

Unas veces, se trababan combates de una acera á otra, casi á boca de jarro; otras veces, de un patio á una azotea, de una ventana á la de enfrente, de una pieza á la inmediata.

Sin embargo, llegó la noche, y los americanos, sin conseguir ventajas, perdían la esperanza de forzar nuestra línea.

Parece, que varios generales y jefes superiores, fueron á instarle al General Ampudia para que capitulara, y áun se dijo, que alguno le propuso que rindiera la plaza sin condiciones. Al principio el General se opuso á semejantes consejos, pero acabó por ceder, enviando un jefe á parlamentar con el enemigo.

Voy á apuntar lo que se dijo que había acontecido en este caso, segun lo oí referir á varios oficiales, sin salir garante de la verdad del hecho.

Cuando el jefe nombrado pasó las líneas y marchaba en busca del General Taylor, encontró á un jefe americano que iba á la plaza á pedir una suspension de armas. Más hábil el americano, inquirió del nuestro el objeto que llevaba. Cuando lo supo, le manifestó, que estimaba mucho le evitara la comision penosa de que estaba encargado, que era la de intimar la rendicion de la plaza; y lo acompañó al Cuartel General.

Impuesto Taylor de lo acontecido, hizo el papel que le correspondía, diciendo al jefe parlamentario que manifestase al General Ampudia, que no admitiría más condiciones que la de rendirse á discrecion.

El General Ampudia se manifestó indignado, y contestó, que si no accedía el General Taylor en nombrar una Comision para tratar con otra de la plaza, sobre una capitulacion honrosa, él prefería enterrarse con la guarnicion que mandaba bajo los escombros de Monterey.

Si la situacion de los americanos hubiese sido buena, es seguro que el General Taylor habría insistido en la rendicion; pero él necesitaba tambien salir del apuro en que se hallaba, y por lo tanto accedió á que se nombrasen las Comisiones.

Reunidas éstas, se vió que la americana tenía exigencias exhorbitantes; pero las fué moderando, á proporcion que hallaba resistencia y energía en la mexicana.

Por fin, á la media noche, quedaron firmadas las bases de la capitulacion.

De la rendicion absoluta, el enemigo llegó á convenir en el siguiente arreglo:

"El Ejército Mexicano saldría de Monterey con tambor batiente y banderas desplegadas, llevando la tropa una parada de cartuchos por plaza, y una batería de batalla con los cofres cargados, con bala en boca, y los botafuegos con la cuerda mecha encendida."

"El Pabellon Mexicano sería saludado con veintiun cañonazos por la artillería americana, al ser arriado en la Ciudadela."

"Quedarian suspensas las hortilidades durante siete semanas."

"Habría cange de prisioneros."

"El Ejército Mexicano se retiraría al Saltillo, pudiendo enviar destacamentos hasta la Hacienda de la Rinconada, cuyo punto sería neutral para ambos Ejércitos.

"Se concedian seis dias á la guarnicion para evacuar la ciudad, cuya mitad al E. ocuparía; miéntras el Ejército Americano conservaría la otra mitad al O."

Es probable que haya olvidado algunos detalles, pero creo que he apuntado lo sustancial.

Arreglada la capitulacion comenzó desde luego á tener efecto la suspension de armas.

Al regresar á su campo, se obsequió al General Taylor dándole por escolta el 8 º de caballería.

Cuando pasados los puestos avanzados, vieron los americanos entre las sombras de la noche aquella caballería en su campamento, cundió la alarma por todas partes.

El desórden y la confusion se extendieron por el campo, y los oficiales prisioneros pudieron comprender, el efecto que hubiera producido una verdadera sorpresa.

Pero ellos, que dormian profundamente, al despertar en aquella barahunda de gritos y carreras, se vieron sobrecogidos tambien de sobresalto, aunque no comprendian la causa del alboroto.

Luego todo calmó, el General Taylor pasó á su tienda, y la escolta volvió tranquila á Monterey.

Este desenlace causó grande alegría en el campo americano, que estalló en grandes risas y en gritos de júbilo.

Setiembre 25.

Monterey permanecía silencioso. Desde el campo americano no se escuchaba ningun rumor de guerra, y aquel silencio, y aquella calma, llenaba á los prisioneros de más zozobra é inquietud, que el vivo cañoneo de los dias anteriores.

Esperaban por momentos la órden de emprender su marcha á Camargo, y cuando al saludar al General Quitman aquella mañana, le preguntaron á qué hora se verificaría aquella; les contestó que ya no era necesario, porque la plaza había capitulado y se había convenido en el cange de los prisioneros.

Ellos recibieron esta noticia con profundo desconsuelo, pues si bien sentian alejarse de sus compañeros y tal vez de la patria, lo hubieran sufrido todo con gusto, á trueque de que los americanos hubieran fracasado.

Cuando llegó la hora de partir, el General Quitman pidió á los prisioneros que escribiesen sus nombres. Al hacerlo, manifestaron al general su gratitud por las atenciones de que fueron abjeto, y le pidieron un recuerdo.

El General mandó á su secretario extender un certificado honorífico para los oficiales, el cual firmó y les entregó.

El teniente D. Ignacio Solache, que era el de mayor graduacion entre los prisioneros; conservó en su poder aquel documento; pero probablemente se perdió por haber muerto el poseedor en la batalla de Cerro-Gordo.

Al sucumbir Monterey, arrastró en su caida á la Ciudadela, pues aunque al principio el General Uraga se resistía á entrar en la capitulacion, tuvo al fin que ceder, convencido de la imposibilidad en que se hallaba para defenderse, puesto que no se había cuidado de abastecer de víveres aquel punto, que tambien carecía de agua.

Setiembre 26.

A las siete de la mañana se hallaba formada la Primera Brigada del Ejército en la plaza, dispuesta á emprender la marcha.

El General D. Tomás Requena, nombrado por el General Ampudia, fué el encargado de la evacuacion de la ciudad.

Se presentó á caballo en compañía del General Wort, mandó á toque de corneta los movimientos necesarios, y la primera brigada, batiendo marcha, con sus banderas flotando al aire, atravesó la ciudad, y faldeando el Cerro del Obispado, tomó el camino del Saltillo.

El General Requena fué muy considerado por los americanos, porque indudablemente era uno de los oficiales generales más ameritado de nuestro ejército.

En la ciudad, quedaban los heridos en los hospitales que se habian

improvisado durante el asedio. Allí los desgraciados soldados carecian de todo. En el corredor de una de las casas que servian de hospital, había tirados sobre *petates* y sin más abrigo que el algodon que cubría sus llagas, algunos cuerpos humanos espantosamente desfigurados. Eran los artilleros que se habian quemado al conducir municiones para sus piezas. Se hallaban los infelices ulcerados de piés á cabeza, de suerte, que á veinte pasos de ellos no era soportable el hedor que exhalaban.

Setiembre 27.

Salió la segunda brigada y pernoctó en Santa Catarina.

Era una coincidencia dolorosa que en el aniversario de la entrada del Ejército Trigarante á la Capital de la República, entregásemos una plaza al enemigo extranjero.

Setiembre 28.

La segunda brigada salió de Santa Catarina y pernoctó en el paso de los Muertos.

La tercera brigada salió de Monterey, con lo cual terminó la evacuacion de las tropas.

Setiembre 29.

Al pasar por los Muertos, quedó allí un destacamento de doscientos infantes.

Setiembre 30. Octubre 1º, 2, 3, y 4.

Permaneció la division en el Saltillo, donde se había verificado su reunion.

Se distribuyeron auxilios para emprender la marcha á San Luis Potosí. A los subalternos les tocaron cinco pesos en plata, y cinco en tabaco labrado.

Octubre 5.

Antes de emprender la marcha. la division formó, cuadro para la ejecucion capital de un correo del enemigo. Terminado el acto, desfilaron las tropas saliendo de la ciudad, y fueron á pernoctar en Aguanueva.

Octubre 6.

De Aguanueva á la Hacienda de la Encarnacion.

Octubre 7.

Al Rancho de San Salvador.

Octubre 8.

A la Hacienda del Salado.

Octubre 9.

A la Noria de las Ánimas.

Octubre 10.

Al Cedral.
Muchos individuos se habían enfermado de tercianas.

Octubre 11.

Por Matehuala á la Hacienda de la Presa.

Octubre 12.

Á la Hacienda de Solís.

Octubre 13.

Á la Hacienda de Charcos.

Octubre 14.

Á la Villa del Venado.

Octubre 15.

Al Pueblo de la Hedionda.

Octubre 16.

Á la Hacienda de Bocas.

Octubre 17.

Á San Luis Potosí.

Octubre 18.

El Estado Mayor y la oficialidad de la division, se presentaron al General Santa-Anna.

El recibimiento del General fué bastante frio. Habló de las faltas cometidas en la campaña: aludió al mal comportamiento de algunos: y aseguró, que con una direccion más acertada, cumpliendo cada uno con su deber, nuestras águilas serían coronadas por la Victoria.

Uno de los primeros actos del General Santa-Anna, fué el de separar del mando de sus cuerpos á algunos jefes, y mandó en seguida abrir un proceso sobre los sucesos de Monterey; pero á pocos dias ordenó que se suspendiera todo procedimiento, y que quedaran las cosas como estaban

---

OBSERVACIONES.

La defensa de Monterey debió haberse hecho con mayor energía. La resistencia absolutamente pasiva á que se sujetó; la inaccion de la caballería, cuya mayor parte no hostilizó de modo alguno al enemigo; y el abandono del primero y segundo recinto fortificados sin habérselos hecho pagar caros á los sitiadores; fueron las causas principales que prepararon la capitulacion.

No obstante, el estado de la guarnicion no era de tal modo desesperado, en mi humilde concepto, que obligara á entregar la plaza.

Aunque no había abundancia, no faltaban víveres, agua, ni municiones; y las pérdidas sufridas eran relativamente pequeñas, puesto que no pasaban de doscientos hombres.

Es cierto que prolongando por más tiempo la resistencia, cada dia tenía que empeorar la situacion de la plaza, de suerte, que á la larga, el enemigo la hubiera obligado á rendirse á discrecion.

Pero tal convencimiento no debe influir en el Gobernador de una fortaleza, á quien se le previene, que ha de prolongar la defensa hasta por un minuto: que se le prohibe rendirla, á ménos de que tenga plena seguridad de no ser socorrido; de que el enemigo haya abierto brecha practicable en el cuerpo de la plaza; y que haya sido rechazado por lo ménos en un asalto.

Cuando se llega á tal extremo, ya se sabe, que el atacante no consiente en otras condiciones que en la rendicion absoluta.

Así, pues, miéntras más gracias otorgue el sitiador á la guarnicion de la plaza que ataca, prueba más la incapacidad en que se halla de reducirla.

Esto fué lo que sucedió con Monterey. Unos cuantos dias más de resistencia, que en mi concepto pudo hacerse sin grandes sacrificios, hubieran obligado al enemigo á levantar el campo.

Si esto no fuese cierto, si no bastasen las pruebas que se hallan consignadas en estos apuntes para demostrarlo, bastará sin duda la consideracion, de que el General Taylor al creerse con fuerza necesaria para obligar á la plaza á rendirse, no hubiera consentido en dejar libres á cinco mil hombres de tropas aguerridas, con una batería, que pronto debería encontrar en el campo de batalla.

Por otra parte, puede haber obrado en el ánimo del General Ampudia, al firmar la capitulacion, la idea de que hallándose la República desarmada, era necesario conservar á todo trance la division que mandaba, para continuar la defensa.

Pero mayores eran sin duda las ventajas que la Nacion habría sacado de la retirada del Ejército Americano, que segun todas las probabilidades, se hubiera verificado al prolongarse la resistencia de Monterey.

Hubo tambien otras causas aunque ménos inmediatas, que contribuyeron á la pérdida de la ciudad. La primera fué, el estado de revolucion en que se encontraba la República. Sin esta circunstancia, una fuerza respetable se hubiese acercado con el fin de auxiliar á la plaza; la accion moral de esta fuerza se habría hecho sentir en

los sitiados reanimándolos; en los sitiadores causando desaliento, y precipitando sin duda su retirada.

Pero la guerra civil, fué poderoso auxiliar para los invasores. Á ella se debió que la resistencia nacional no presentara mayor energía; que los triunfos le fuesen ménos costosos á los americanos; y que la paz se firmase haciendo grandes sacrificios.

Quiera Dios que tantas desventuras, sirvan de leccion para lo futuro!

1847.

BATALLA DE LA ANGOSTURA.

SUMARIO.

Cuartel General de San Luis Potosí.—Llegada del General Santa-Anna.—Concentracion de fuerzas.—Contingente de los Estados.—Mala impresion que hacian en el Ejército los artículos que publicaba contra él la Prensa de la Capital.—Grande escasez de recursos para hacer la guerra.—Esfuerzos del Estado de San Luis.—Resolucion del General Santa-Anna.—Marcha del Ejército.—Lucha con los elementos.—Concentracion de las tropas en la Hacienda de la Encarnacion.—Marcha sobre Aguanueva.—Combate del 22 y batalla del 23 de Febrero.—Retirada.—Penalidades del Ejército.—Regreso á San Luis Potosí.—Observaciones.

Á principios de Octubre de 1846, llegó el General Santa-Anna á San Luis Potosí con la mayor parte de las fuerzas militares que había en el interior de la República, y estableció su Cuartel General.

Desde luego ordenó que la division que evacuó Monterey y se hallaba en el Saltillo, se replegase á San Luis. Esta disposicion fué acaso innecesaria y áun inconveniente. Lo primero, porque había siete semanas de suspension de hostilidades, y por lo mismo no podía temerse un conflicto. Además, que cuando el caso de una retirada lle-